



01

**01** Detalle de un grabado de una expedición a Etiopía (1868). La expansión colonial habría sido imposible sin el saber geográfico  
CORBIS

**02** Refugiados albaneses de Macedonia en Kosovo (2001). Las 'nuevas' geografías se acercan a fenómenos como las diásporas y el exilio  
AP

**03** Piotr Kropotkin  
CORBIS

**04** Apartamentos abandonados en el Bronx neoyorquino. La geografía radical marxista denunció la marginación en el seno de la sociedad opulenta  
CORBIS

**05** Elisée Reclus  
AFP

**06** Indigentes en el barrio de Cartucho en Bogotá, en otro tiempo un distrito de clase alta. Los déficits sociales originan la

reconversión de espacios públicos  
CORBIS

**07** Favelas en Río de Janeiro. La ciudad formal e informal crecen en un complejo entramado urbano  
CORBIS

Joan Nogué ha coordinado, junto con Joan Romero, el volumen 'Las otras geografías' (Editorial Tirant lo Blanc)

02

Las nuevas visiones de una disciplina clásica se interesan más que nunca por lo diferente: los territorios ocultos de las metrópolis, las ocupaciones temporales, los espacios disidentes o el cuerpo como sujeto del saber geográfico

# Las otras geografías

JOAN NOGUÉ

**E**l saber geográfico ha sido siempre un saber estratégico. Ya en la Grecia clásica los tratados geográficos se tenían en gran estima y algunos siglos más tarde, en plena Edad Media y mucho más a partir del Renacimiento, cuando se añadieron a ellos elaboradas representaciones cartográficas, su valor se disparó. En el régimen absolutista francés ningún monarca osó nunca desprenderse de la figura del *Géographe du Roi*, quien contaba con dependencias propias en el palacio de Versalles. Y cuando las revoluciones burguesas llegaron al poder y precisaron conocer y organizar mejor el territorio de los nuevos estados-nación, crearon los servicios geográficos nacionales, entes aún hoy existentes que experimentaron un crecimiento vertiginoso a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX, coincidiendo con los momentos álgidos de la expansión colonial europea por todo el mundo. En la implantación del citado colonialismo, por cierto, la geografía jugó un papel neurálgico, sobre todo a través de las expediciones geográficas, como nos recuerda Edward Said en su libro *Orientalismo*. Y en nuestros días todo ello ha ido a más: la adecuada localización geográfica de la inmensa mayoría de actividades económicas está en la base de su éxito o fracaso y es sabido que la información geográfica detallada y actualizada es imprescindible en los ámbitos geopolítico y geoestratégico.

A menudo se olvida, sin embargo, que este potente y sólido saber geográfico ha coexistido desde siempre con otra forma de entender y de aplicar la geografía. Me refiero a aquella que pone el énfasis en la relevancia social del conocimiento geográfico o, lo que es lo mismo, en la contribución que la disciplina puede hacer para mejorar este mundo, focalizando el interés en las *otras* geogra-

fías, esto es, en los sectores de población más desvalidos y marginados o en temas poco considerados por la corriente mayoritaria. Hace ya más de un siglo, por los mismos años en los que Engels se escandalizaba ante las condiciones de vida de los barrios obreros ingleses, los geógrafos Elisée Reclus y Piotr Kropotkin impulsaron una geografía social de base anarquista que, a través de una reorganización espacial de los asentamientos humanos, contribuyera a edificar una sociedad más justa e igualitaria.

Años más tarde, en la década de 1960, aparece a ambos lados del Atlántico la denominada *geografía radical*, etiqueta que englobaba a todos aquellos que impregnaban su práctica geográfica de un claro compromiso social. En su mayoría marxistas y anarquistas, estos geógrafos partían del convencimiento de que el espacio geográfico era un producto social y de que la geografía era sin duda un saber estratégico, pero que éste debía orientarse al tan deseado cambio social o, mejor aún, a la revolución. Aparece así todo un amplio abanico de nuevos temas de interés, todos ellos socialmente relevantes: el Tercer Mundo y el problema del subdesarrollo, los conflictos geopolíticos y armados en diversas regiones del mundo, las bolsas de pobreza y su localización geográfica, los guetos urbanos o, por poner un último ejemplo, las primeras crisis ambientales.

La lista de autores que apostaron por este tipo de geografía sería muy larga. Valgan, a título de ejemplo, nombres como David Harvey, Richard Peet, Yves Lacoste, Massimo Quaini o William Bunge, quizá el caso más paradigmático. Influidos por la revuelta de la población negra norteamericana contra su



03

# La ciudad informal



04



05

marginación y por la implicación de su país, los Estados Unidos, en la guerra del Vietnam, Bunge decide salir del aula y pasar a la acción. Para ello recupera la idea de las clásicas expediciones geográficas decimonónicas y les da la vuelta: sus *expediciones* ya no se dirigirán a tierras lejanas, tropicales y exóticas, sino a los guetos urbanos de las grandes ciudades norteamericanas. La primera de estas expediciones, la denominada Expedición Geográfica de Detroit, dura dos años (1969 y 1970) y se dirige a uno de los barrios negros más degradados de Detroit: Fitzgerald. Bunge y sus alumnos no sólo se dedican a estudiar el barrio,

**Hay un tipo de saber geográfico interesado en mejorar el mundo, en los sectores de población desvalidos**

sino a organizar programas y cursos de planeamiento urbano para formar a los líderes locales de manera que puedan responder mejor a los retos que tienen por delante. El resultado es un libro excelente: *Fitzgerald. Geography of a Revolution* (1971)... y la expulsión de Bunge de la universidad por “exponer a las chicas blancas a la violación” y “querer reducir la universidad a cenizas”, como aparece en su expediente. Contratado por la Universidad York de Toronto, Bunge se pone de nuevo manos a la obra y organiza una segunda expedición, esta vez a los mundos ocultos de los *negros blancos*, como él define a las minorías étnicas del Canadá inglés, en este caso un barrio de origen italiano (Christie Pits) con problemas de marginación y una de-

cidida voluntad de resistencia comunitaria a la degradación urbana. El resultado es la denominada Expedición Geográfica de Toronto, de tres años de duración (1972 a 1975), y con otro libro como guinda final: *The Canadian Alternative: Survival, Expeditions and Urban Change* (1975). De nuevo llegarán las presiones y los expedientes sancionadores, lo que le lleva, a modo de provocación, a abandonar la universidad y a hacerse taxista, convirtiéndose así en un auténtico *folk-geographer*, en un *explorador* de las entrañas urbanas a las que los geógrafos de despacho, dice él, nunca accederán. La atmósfera académica le resulta asfixiante y nunca más volverá a ella.

Obviamente, no todos los geógrafos radicales, ya fueren marxistas o anarquistas, llevaron hasta tal extremo sus planteamientos, pero sí consiguieron abrir nuevos caminos y descubrir nuevos paisajes que, salvando las distancias y los contextos, hoy siguen explorando las denominadas geografías críticas. Éstas siguen la estela iniciada hace cuarenta años, aunque incorporando nuevas dimensiones y categorías conceptuales poco contempladas en aquel momento ante el entonces avasallador concepto de clase social. Las nuevas geografías críticas se interesan más que nunca por las *otras geografías*: los paisajes incógnitos y los territorios ocultos de las grandes metrópolis, las ocupaciones temporales del espacio público, los nuevos espacios disidentes (como el de los okupas o el de los homosexuales), el cuerpo humano como objeto y sujeto geográfico, la dimensión espacial de las relaciones de género, las geografías de la discapacidad, las geografías de la evasión, las geografías emocionales generadas por las diásporas, el exilio y la emigración, los paisajes sensoriales no visuales inducidos por el resto de nuestros sentidos o, sin ir más lejos, el fundamental y a la vez complejo proceso a través del cual los seres humanos imbuidos de significado al espacio geográfico y creamos lugares. Nuestros mapas, en efecto, se han llenado de nuevo de tierras desconocidas, de regiones que se alejan, que se *descartografian* y se vuelven opacas. Hacia estos nuevos espacios en blanco en nuestros mapas, hacia estas otras geografías, se orientan las nuevas *expediciones* geográficas. |

**Raquel Tardin** es arquitecta y urbanista, doctora en Urbanismo por la Universitat Politècnica de Catalunya y profesora e investigadora en la Universidad Federal de Río de Janeiro

## RAQUEL TARDIN

En las metrópolis latinoamericanas, la denominada ciudad informal, constituida en base a asentamientos informales que se desarrollan al margen de la planificación urbanística, conforma una parte considerable del suelo urbano. Junto a la ciudad formal, origina un territorio complejo, donde la formalidad y la informalidad se superponen en una composición urbana difícil de interpretar y en la que la intervención es muy compleja. He ahí *otra* geografía, a menudo invisible a los ojos de muchos ciudadanos, bien sea las *villas miseria* de Buenos Aires, las *quebradas* de Caracas, las *barreadas* de Lima, los *barrios clandestinos* de Bogotá, las *callampas* de Santiago, o los *alagados* de Salvador, las *favelas* de Río y los *mocambos* de Recife, estos últimos en Brasil.

El déficit de vivienda y las políticas públicas deficitarias en sectores tan cruciales como el laboral, la propiedad de la tierra, la salud o la educación, junto a la oferta de suelo comercializado ilegalmente y la permisividad frente a la invasión de tierras ociosas, sobre todo en áreas no consolidadas, conforman un cuadro favorable al surgimiento de la ciudad informal. En general, la búsqueda para conseguir mejores condiciones de vida, como oportunidades de trabajo y de acceso a la tierra, aunque sea en asentamientos precarios, suele condicionar las ubicaciones de la ciudad informal, siempre, por cierto, en conexión directa o indirecta con la ciudad formal, normalmente a través de vínculos laborales.

Irónicamente, el desarrollo de la ciudad formal tiende a favorecer la aparición de la informal, bien sea en sus centros ya consolidados o en nuevas centralidades creadas por áreas industriales y comerciales en zonas más distantes de los principales centros. El desarrollo de grandes infraestructuras regionales o la mejora de los transportes, entre otros factores, contribuyen a la generación de una peculiar geografía urbana en la que coexisten ambas ciudades, la formal y la informal. En estas metrópolis extendidas, que engloban el campo y la ciudad en una sola realidad, la imagen de una



07

mancha de aceite que se extiende de forma continua y que a menudo se ha utilizado para entender la evolución urbana, aquí no nos sirve: estamos ante un desarrollo discontinuo, fragmentado, que multiplica los centros y sus conexiones. La proliferación de los asentamientos, tanto formales como informales, da lugar a una intrincada red de relaciones, resultado no solamente de la proximidad física, sino de nuevas relaciones funcionales con una distribución espacial diversificada y caracterizada por la segregación social.

El movimiento pulsante de la ciudad informal (asentamiento, expansión, densificación) sigue los rastros de la ciudad formal y la dualidad formal-informal da

**La dualidad formal / informal da lugar a una ciudad mutante, donde los límites están cada vez más diluidos**

lugar a una ciudad mutante, con matices entre ambas realidades, donde los límites, como áreas de frontera, se encuentran cada vez más diluidos. La obviedad formal-informal se deshace al conformar un cuadro complejo y conflictivo, que además de generar ineficiencia urbana, entraña grandes desequilibrios ambientales y sociales.

Observar de una manera más integral, abierta e innovadora las relaciones morfológicas, espaciales, funcionales y sociales de la metrópoli, como plantea la nueva geografía crítica, nos dotaría de unas nuevas claves de lectura y comprensión de la ciudad informal en este complejo combinado informal-formal. Esta nueva perspectiva es extremadamente útil a la hora de plantear intervenciones innovadoras que respeten las singularidades territoriales y que mantengan un fuerte compromiso social. Intervenciones que deben insertarse en una red de relaciones metropolitanas plurales basadas en el diálogo y el ejercicio de la ciudadanía en un sentido amplio, lo que es especialmente necesario en las naciones latinoamericanas. |



06